

## BIOGRAFÍA DE UN GENIO

ANTONIO MORENO AYORA  
*Catedrático Lengua y Literatura*

Con una introducción y veintisiete capítulos, el libro que en 2012 ha publicado Almuzara titulándolo *Menéndez Pelayo, un hombre contra su tiempo*,<sup>1</sup> se presenta como un extenso y atractivo volumen en el que se quiere dejar constancia –ahora que se ha celebrado el centenario de su muerte– de la personalidad del que fuera “aparentemente, un indudable triunfador”, pues con un currículum inmejorable y la acaparación de numerosas distinciones era “sinónimo del sabio por excelencia y su consideración popular estaba incluso por encima de premios Nobel como Cajal y Echegaray”. Tras estas palabras, y antes de describir su aspecto físico y su carácter en las páginas preliminares, también se le avisa al lector de que “A pesar de su prestigio, la personalidad de Menéndez Pelayo sigue siendo hoy un enigma”, por lo que el presente ensayo intenta contestar a frecuentes preguntas cuya respuesta pueda arrojar luz y conocimiento sobre el hombre que a menudo es definido como “el máximo genio de la historia de la cultura española”.

En los primeros capítulos del libro se hace una exhaustiva recapitulación de la biografía infantil y juvenil de Menéndez Pelayo, deteniéndose en sus años de estudiante en Barcelona primero y en Madrid después, y concediéndole importancia a determinados personajes –sobre todo a Gumersindo Laverde, a quien se dedica todo el capítulo IV– que habrán de influir decisivamente en su vida intelectual. Entre sus amigos de estos años figuran José María de Pereda, Juan Valera y también Jacinto Verdaguer. De tales amistades se evidencia además que consiguió apoyo económico de instituciones para viajar a Portugal, Italia, Francia y Países Bajos con el objeto de conseguir “un gran bagaje bibliográfico obtenido en las bibliotecas y el conocimiento de muchos futuros colegas con los que mantendrá intensas relaciones epistolares”; y no hay duda de que este acopio de bibliografía le iba a servir para ir pergeñando algunas de las obras en las que entonces trabajaba, como la *Biblioteca de traductores*, la *Historia de los heterodoxos* y la *Estética en España*. Todo el capítulo VI, por añadidura, está planteado para exponer las cuestiones referentes a *La ciencia*

<sup>1</sup> Manuel Serrano Vélez, *Menéndez Pelayo, un hombre contra su tiempo*, Córdoba, Almuzara, 2012.

*española*, “primero de sus libros que llegó al gran público” y que “convirtió a Menéndez Pelayo en una figura de alcance nacional y marcó decisivamente su trayectoria intelectual y personal”. A otro de los libros citados, *Historia de los heterodoxos españoles*, se destina el capítulo IX, teniendo en cuenta que era intención del autor “demostrar que apenas se ha dado la heterodoxia en España, [aunque] su minuciosa y abrumadora documentación parece demostrar lo contrario y ha contribuido a recuperar una zona apasionante y silenciada de nuestra historia cultural (...)”. Antes, sin embargo, en los capítulos VII y VIII se ha tratado sobre “Los amores de Menéndez Pelayo” y acerca de “La cátedra” (a saber, la de Historia crítica de literatura española de la Universidad Central) a la que opusculó en 1878 y para cuya convocatoria el Gobierno debió aprobar una ley que anulaba el requisito de los 25 años (que no tenía Menéndez Pelayo, entonces solo con 22) para poder concurrir a los exámenes. El hecho de superar elogiosamente la oposición explica que el maestro filólogo residiera en Madrid durante “casi cuarenta años”, un periodo que es recordado y relatado a lo largo de todo el capítulo X.

A un nombre que frecuentemente se cita en el libro, por haber sido amigo íntimo del polígrafo español, se reserva la extensión del capítulo “El papel de don Juan Valera”, del que para comenzar se afirma que “fue decisivo en la conversión de Menéndez Pelayo en un hombre de mundo y en degustador de las aventuras amorosas y los *flirts* con cuantas damas trataba”, ayudándole además “a pulir algunas aristas de su carácter y ciertas querencias de sus tendencias integristas”. Es este un pasaje que ayuda no solo a enriquecer la biografía de Menéndez Pelayo sino incluso a recordar o actualizar otros hechos propios de la de Valera.

Menéndez Pelayo, desde muy joven, buscó estar presente en las reales academias, cuyo “poder era evidente” a finales del siglo XIX. Al papel de estas instituciones – que “suponía un adorno social remunerado que tenía una influencia decisiva en la vida pública del que resultaba elegido” – están reservados los sucesivos capítulos XII (“La Academia de la Lengua”) y XIII (“Las Academias de la Historia, de Ciencias Morales y Políticas y de Bellas Artes de San Fernando”), a las que aportó su constante sabiduría y en cuyas sesiones participó de muy diversas maneras. Con ellos habrán de conectarse los posteriores XXIII (“La batalla por la dirección de la Real Academia Española”) y XXV (“Menéndez Pelayo, director de la Academia de la Historia”), que a su vez deben completarse con lo que se comenta de su compromiso o deber al frente de la Biblioteca Nacional, objeto de los tres párrafos que componen el capítulo XX. Se va configurando así, capítulo tras capítulo, la personalidad académica y científica de un hombre cuyo “Perfil intelectual” queda delineado en el XIV, que comienza con esta afirmación: “Ningún pensador de nuestra historia ha sido y es tan famoso como Menéndez Pelayo pese a que fue poco leído en su tiempo y sus

obras, también hoy, son menos leídas de lo que merecen”. Los diversos rótulos que en él se suceden persiguen dar una idea exacta de las pretensiones, creencias y afanes intelectuales que lo individualizan en su época. Para explicar uno de esos aspectos, “Menéndez Pelayo y la vida literaria de su tiempo”, se añade el siguiente capítulo que pretende situarlo junto a las figuras con las que forma una generación caracterizada por “centrar su labor en la investigación, en los laboratorios y en la cátedra”. Las preocupaciones temáticas basadas en la literatura, las políticas relacionadas con el krausismo o el liberalismo (a los que atacó) y sus ideas acerca de la Generación del 98 (a la que se dice que “pareció ignorar”) marcan, junto a otras quizá menos significativas, estas páginas en las que de nuevo se ve crecer y madurar su pensamiento, el cual ha de completarse con otras diferentes aportaciones que hallamos enseguida en las de “*La Historia de las ideas estéticas* y otras obras” (págs. 281-296).

De su paso por la universidad y de los alumnos que en ella tuvo, de su activa participación en la vida política –“fue miembro del Consejo de Instrucción Pública, organismo que tenía importantes atribuciones sobre la organización de la enseñanza en España”–, y de sus estancias en Madrid y Santander, van a dar abundante noticia, respectivamente, los capítulos XVII, XVIII, XIX y XXI, considerándose en este último que la obra de su vida era la biblioteca personal que había atesorado tras muchos años “por su bibliofilia congénita y además de invertir en ella prácticamente todo su dinero a través de compras en librerías de viejo y subastas, recibió importantes regalos (...)”.

Concluamos anotando que en este libro ha conseguido Manuel Serrano Vélez entusiasmar al lector relatando la vida e innumerables anécdotas del “que ha sido el mayor intelectual de nuestra historia y que sólo la mala fe de sus enemigos españoles y extranjeros impide que se valore debidamente su figura”. Seguramente tras la lectura atenta de este magno volumen, en cuya parte central se incluyen incluso dieciséis páginas con fotografías, se va a poder modificar en parte tal afirmación y sin duda se va a conocer mejor cómo fue su vida y hasta qué punto es trascendente su obra científico-literaria.